

# Un lugar para Argentina en el mundo

Escribe Fernando Ainsa

"Si parece claro que desde el punto de vista geográfico Argentina está situada en el continente americano, por el contrario no ha sido siempre tan evidente su vocación de inserción real en el "espacio espiritual" de una América Latina con la que ha vivido muchas veces en abierto conflicto. La posición "cultural" de Argentina en el hemisferio americano y en el mundo ha variado según los periodos de su historia y las ideas filosóficas y políticas en boga. Pensadores políticos y literatos han dado sucesivas respuestas a las interrogantes del "ser argentino" que han ido desde el "aislacionismo insular" hasta la "integración regional", pasando por periodos en que se han tendido puentes con diversos países europeos, especialmente Inglaterra y Francia. Una tradicional oposición entre los defensores de la "barbarie" americana frente al "occidente imperialista" y los cultores de la "civilización" europeísta que desprecia lo "nativo", ha marcado todas estas etapas, donde unos y otros han primado dando interpretaciones diversas de una misma historia. Un debate que se ha dado también a nivel territorial: capital contra provincias, puerto contra campo.

Este debate filosófico que ha acompañado la historia de las ideas de Argentina desde su independencia pareció detenerse hará unos diez años. Otras urgencias políticas llevaron al país a una desgarradora confrontación interna saldada por el silenciamiento o la desaparición de sus voces más originales por la vía del exilio, la autocensura o, simplemente, por el desgaste de esquemas no renovados después del florecimiento de ideas de los años sesenta.

De este "desierto silencioso" empezaban ahora a emerger nuevas voces. Pero en vez de hacerlo con un acento exacerbado por la polarización ideológica de la última década, lo hacen buscando una síntesis y una formulación de la Argentina futura sin "frustraciones metafísicas", como ha escrito uno de sus mentores, Víctor Masuh, en América como Inteligencia y pasión. En esta línea de pensamiento, donde ritos, mitos y símbolos enriquecen una historia a la que observan más allá del materialismo o del economicismo, se inscriben esfuerzos muy diversos de "reconciliación con los diversos pasados de Argentina". Entre otros, los trabajos de Arturo Ponsati, Graciela Maturó y la revista Megafón y, sobre todo, un reciente ensayo de Guillermo Jacovella. La Argentina: su lugar en el mundo (1).

En esta nueva visión histórica lo "imaginario colectivo" importa tanto como los acontecimientos "reales". Jacovella ha asumido el desafío de rastrear y proponer una "síntesis integradora" con una saludable fe y confianza, no exenta de independencia, pero apoyada en sólidas lecturas y en un envidiable espíritu de síntesis. A lo largo de una informal conversación en París, Guillermo Jacovella, nacido en Tucumán hace 44 años, consejero en la delegación de su país ante la UNESCO, discípulo de Xavier Zubiri en España y doctorado en Filosofía y Ciencias Políticas, ratifica estas y otras ideas.

## LA LIBERTAD COMO BASE DE LA CULTURA

"La nueva generación argentina siente la necesidad de reconciliar los pasados de Argentina para poder proponer la de un país armónicamente integrado en la América Latina a la que por geografía y destino pertenece", explica para justificar su empresa intelectual, pero lo hace para añadir el presupuesto básico de esta tarea cultural: la libertad.

"Para que la cultura se manifieste, necesita libertad de expresión y que la tolerancia espiritual pueda pasar a ser condición de la independencia de un pueblo y el estímulo indispensable para asegurar renovadas creaciones", escribe al principio, para insistir más adelante que "la cultura no surge por decreto" y que "necesita de climas más espirituales indispensables para sostenerse. Este requisito de la libertad presu-

pone — a su juicio — más allá de los esfuerzos que realice el Estado para estimular y articular la tarea colectiva, una confianza muy profunda en el hombre y en sus posibilidades de expresión. De otro modo, no creemos que pueda haber cultura", afirma convencido.

Sobre esta base Jacovella divide su obra en siete capítulos fundamentales: "identidad cultural y políticas nacionales, los problemas de Argentina, Occidente y nuestras posibilidades de autonomía, carácter nacional, mitos y símbolos, medios de comunicación y cultura y elementos básicos para la acción". Dos de estos capítulos ofrecen un apasionante interés y vale la pena detenerse en ellos, complementándolos con la conversación alarada en una sobremesa de un restaurante italiano de París.

Por lo pronto, decir que la manera como la comunidad argentina ha vivido su espacio geográfico es el reflejo de una circunstancia histórica específica: "Argentina comenzó a pensar y sentir el espacio como extensión y, en cuanto tal, como algo no sólo problemático, como todo espacio no domesticado, sino también como un mal". Durante un largo periodo, las respuestas políticas y literarias fueron en este sentido coincidentes:

"El terreno es la peste de América, como lo es para Europa su carencia", diría Alberdi. Sarmiento escribirá al comienzo de Facundo que "el mal que aqueja a la República Argentina es la extensión, el desierto la rodea por todas partes y se le insinúa en las entrañas... la soledad, el despoblado sin una habitación humana, son, por lo general, los límites incuestionables entre unas y otras provincias."

En este periodo, la organización del país es vista como una empresa de "civilización" contra la barbarie territorial, una representación que aparecerá luego en las obras literarias de Gualdrós, Martínez Estrada, Cambaceres, Mallea y Murena. Con pequeñas variantes, la llanura lleva a la frustración, cuando no a "una soledad metafísica", una forma de asumir el contorno opuesta esencialmente a la que pregonó un Rilke en Europa cuando escribe: "la llanura es el sentimiento que nos engrandece".

## UN PAIS INTEGRADO POR LA INMIGRACION

El acelerado proceso de poblamiento del país con el alevón migratorio de fines del siglo XIX no provoca una visión diferente. Neutraliza momentáneamente la visión de "barbarie", levántala a las "laderas del país". La experiencia es de "insularidad", el argentino se siente "diferente" a los otros de los "pueblos del continente" y quiere aproximarse a modos y costumbres

de Europa. La política exterior de Argentina está hecha de un cierto aislacionismo, un neutralismo, cuando no un europeísmo opuesto a Estados Unidos y al resto de América Latina.

Algunas empresas como la Campaña del Desierto de 1879, la fundación de las Misiones en 1881 y la campaña del Chaco, parecieron indicar una voluntad de integridad territorial. Sin embargo, recientes trabajos como los de Gustavo Ferrari sobre "la desmembración territorial argentina" han relativizado el esfuerzo, señalando que no hubo una verdadera integración y, sobre todo, un verdadero "desarrollo" armónico del país concebido como un todo. La visión "insular" se proyecta en otros planos como el estratégico y el militar.

Este país "marginal" tiene, sin embargo, en el proyecto que Arturo Jauretche hace de Argentina en 1958, una original inversión: su vértice antártico apunta hacia el Norte y el resto del continente aparece en el Sur como una prolongación natural de la "península", la visión es apasionante y se comprende entonces que una cierta desvalorización de Argentina venía de las cartografías clásicas y de la idea de "emplazamiento de confin". Otro ensayista, Pablo Sanz, en El espacio argentino insistirá sobre esa condición "de península del continente sudamericano". A partir de estos autores Argentina parece ir descubriendo su inevitable "inserción americana".

En esta progresiva "ocupación mental" del territorio, Jacovella recuerda la importancia de otros componentes, tales como los medios de transporte generalizado, la extensión de la red vial de carreteras, los cultivos que "domesticar" el espacio virgen y una geografía humana que, más allá de la "macrocefalia" de Buenos Aires, va poblando efectivamente el país.

En este sentido, el autor de Argentina: su lugar en el mundo no tiene reparo en citar la importancia que para su generación tuvo la famosa carrera de autos entre Buenos Aires y Caracas en 1948, que familiarizó a todos los argentinos con la geografía de América del Sur, acercando pueblos, capitales y países al ritmo vibrante de las etapas automovilísticas.

A partir de los años cincuenta se inicia otro proceso: el de las migraciones internas y regionales que va sustituyendo en el paisaje urbano e industrial la emigración de origen europeo por la de paraguayos, bolivianos, uruguayos y chilenos.

La nueva Argentina que se forja en esos años no es, ya sólo mestiza de pueblos europeos, sino sudamericana. La sangre indígena diluida o olvidada en pueblos remotos, se descubre en perfiles y en gentes que hablan los suyuños de Buenos Aires. Este es el momento en que otra visión de Argentina se impone: ya no es una

"isla" y mucho, menos una "isla de Europa". Pero este es también el momento de superar los esquemas que rodean la "frustración metafísica". En 1955, Víctor Masuh ya afirma que "la naturaleza no cae más sobre nosotros como una fatalidad", Jacovella completa ahora que "Argentina ha llegado a ser, para sus gentes, un ámbito y un ámbito privilegiado, e integrado dentro del mundo, aunque esa nueva visión no haya recibido todavía reflejo en un conjunto suficientemente abigarrado de obras de pensamiento que la prestigien, sostengan, traduzcan y multipliquen en forma inteligente".

Argentina empezó a pensarse y a organizarse como nación con un conjunto integrado de flamantes ideas europeas. Jacovella recuerda las "mediaciones" de Ortega y Gasset sobre este país joven al que parecería que "han creado con la cabeza".

Pedro Henríquez Ureña abundará en la misma dirección cuando escribe que "en toda América, en tiempos de Sarmiento, queríamos olvidar, borrar el pasado colonial", haciendo notar la carencia de una visión contrastante de la europea.

Un fenómeno político de vastas proporciones parece intentarlo: el peronismo. Escribe Jacovella "el hecho de que el peronismo se haya posesionado del alma de gran parte de esas poblaciones del interior recién llegadas a los suburbios y las haya incorporado de pleno derecho a la vida nacional, no fue acompañado por una reformulación sustancial del país que se había

ido haciendo en casi un siglo." No obstante que el país sigue expresándose y aportando tumultuosamente realidades, ellas no alcanzan a traducirse por esos tiempos en una nueva visión inteligente, conciliante y abarcadora. El debate político impidió ("y siguió impidiendo luego", puntualiza Jacovella), asentar a esa Argentina plural e inquieta en obras de pensamiento y de articulación intelectual.

Resulta difícil entender cómo no se advertía ya con nitidez que había un país complejo que no respondía al repertorio de "comodidades" con que se había administrado, hasta entonces, la vida nacional.

Guillermo Jacovella acumula interrogantes a modo de respuesta: "¿Cómo no pudimos darnos cuenta de que habían pasado cosas importantes en nuestra historia que requerían ser reconocidas e interpretadas? ¿Cómo no advertir que la Nación argentina estaba necesitando nuevas representaciones de sí misma que abarcasen los caminos andados en su historia? Otros países con complejas realidades y una necesidad de integración, como Italia y Alemania forjando naciones a partir de autonomías regionales, o Francia acuñando un nuevo lenguaje para un nuevo país, lo habían hecho."

No se trata de descender a los héroes de sus pedestales, ni de cambiar la historia "oficial". Se trata, simplemente, de comprender que un país necesita de "loda" su historia y no solamente de una parte de ella. Para ello hay que liberar la memoria, al mismo tiempo que se ensanchan los límites tradicionales de interpretación. Esta es la tarea que propone — y que inicia — Guillermo Jacovella.

Su proyecto tiene la fuerza de parte de la ingenuidad generosa con que lo plantea, quiere incluir en él, a gauchos, caudillos y "hombres de libros", inmigrantes, mestizos, habitantes de campos y ciudades. Quiere imaginar una historia que "integre" su pasado colonial como parte natural de ella, al mismo tiempo que recibe una buena parte de la historia "occidental europea".

Su proyecto tiene algo de utopía, pero de la utopía de América que imagino Henríquez Ureña: "una unidad de propósitos en la vida política e intelectual que ha con una entidad, una magna patria". Porque "la verdad sea recordada con sus propias palabras: "Si en América no han de fructificar las utopías, ¿dónde encontrarán asilo?"

La Argentina: su lugar en el mundo por Guillermo Jacovella. Editorial Platón, 140 págs., Buenos Aires, 1981.